

Junto a la ventana

Núria Figuls Fernández

Aquel día Mercedes había colocado concienzudamente los cojines de su perfecto sofá color crema unas cinco veces. Se mordía las uñas atrapada en un pensamiento recurrente. No podía ser hoy. No estaba preparada para la siguiente media hora. De hecho, tampoco lo había estado para las dos últimas semanas. No podía sacarse la imagen de su cabeza. Ese coche aparcado delante de su chalet. Un ruido casi imperceptible pero que consiguió sacudir su frágil y decoroso cuerpo de madre perfecta. El cuchillo ensangrentado en el suelo. Aquel sabor amargo en la garganta cuando le pudo ver el rostro a través de las cortinas. El grito que se vio obligada a acallar. Y aquel asfixiante vacío. Un repulsivo escalofrío.

Lo había querido olvidar, de verdad. Con todas sus fuerzas. Pero es un barrio pequeño, todos se conocen; ella tenía que saber algo. Parecía que la policía creía que Mercedes lo había visto todo. Se había puesto su mejor vestido y había preparado unos tentempiés. Como si eso fuera importante. Pero sí, cada detalle lo era. Cómo contar exactamente lo que vio, sin más. Sin lágrimas, sin la voz torcida, sin el incesante hastío que luchaba en su interior.

Podía hacerlo. Era buena oradora. Por eso había llegado donde estaba y había sido una buena abogada. Aún recordaba cuando conoció a su marido y él quedó impresionado por su talento. Juntos trabajaban bien. Luego ya llegó Julia y todo cambió. Mercedes se dedicó a construir su ornamentado hogar, a esperar junto a la ventana y a acumular secretos. Estaba bien, no podía quejarse: lo tenía todo. Y quería que así siguiese. Pero ese pensamiento insistente no le dejaba preparar su discurso. Miraba con disgusto sus zapatos de charol granate. Media hora, sólo media hora. Lo tenía todo bajo control. Les ofrecería limonada fresca, para apaciguar los ánimos y el calor. Ese agosto era insoportable. A esas horas ya deberían estar en la costa, pero Enrique se retrasaba. No había llamado, qué extraño, siempre lo hacía. Comprobó los mensajes. Algo iba mal. Quizá eran los cojines del sofá, tenía que volver a colocarlos.

En eso se basaba su vida,
en recolocar lo que estaba fuera de lugar. Y lo seguiría haciendo. Por ellos. No para ella. Ella sabía que, si hoy lo hacía bien, su pequeño y premeditado mundo de color beige no se desvanecería.

El ruido del timbre hizo que se acallaran sus pensamientos. Abrió la puerta con su mejor sonrisa y acomodó a los inspectores en su pulcro sofá junto a la ventana. La luz abrazaba la botella de limonada que descansaba sobre la mesilla. Mercedes pudo notar ese calor en su piel, el sudor traicionero cayendo por su frente. Sólo podía oír su propio latido, no era capaz de entender ni una sola palabra. Pero sabía qué estaban queriendo decir, se lo veía en los ojos. De pronto, la oyó y notó cómo le temblaban las piernas y le faltaba el aire. Julia estaba de pie en el salón, susurrando. Las lágrimas caían arrepentidas por el rostro de la niña.

Entonces todo sucedió muy rápido. Mercedes intentaba obviar las esposas en sus manos. Le estaban acusando de cargos graves. Sólo podía negarlo, aferrándose a sus mentiras. Pero tenían que entenderla, no lo había hecho a propósito. Por nada del mundo hubiera contado la verdad. Si hubiera sabido que su hija también había visto a Enrique aquella noche, junto a la ventana en el piso de arriba, habría hablado con ella. Julia habría entendido que mamá lo estaba haciendo por papá. Por todo lo que tenían. Por su hogar idealmente construido. Por su vida perfecta.